

Santiago Pajares
EL PASO DE LA HÉLICE





Santiago Pajares nació en Madrid en 1979, donde cursó estudios de Informática. Ha sido analista de páginas web y en la actualidad trabaja como técnico informático. Ha escrito, dirigido y producido cortometrajes, ganando festivales en toda España, y es autor de varios largometrajes que se encuentran en fase de producción. *El paso de la hélice* es su primera novela.

THOMAS MAUD

*T*ENDIDA EN EL SUELO, con la sangre manchando sus manos, no me pareció la mujer capaz de dar la vuelta al mundo para conseguir lo que quiere. Los ojos abiertos, unos ojos verdes como la esperanza, moteados de puntos amarillos velados por las lágrimas que se agolpaban en sus retinas, parecían suplicar en silencio por un destino que ya no le importaba, simplemente por hacer bien las cosas. Antes de irse para siempre de su lado...

La luz entraba por la pequeña ventana del despacho de David e iluminaba el manuscrito que tenía entre las manos. Era una de las centenares de novelas que recibían cada año en la editorial, enviadas por aspirantes a escritores que volcaban en ellas sus esperanzas de futuro. Quizá fontaneros que pensaban los diálogos de sus personajes mientras apretaban con una llave inglesa una de las cañerías del baño. O estudiantes de filología que, hartos de leer libros que no les satisfacían, pensaban para sí: «No parece tan difícil. Yo puedo escribir mejor que el peor de los escritores que publican».

Y se lanzan a ello, a veces sin ton ni son, a veces con un minucioso estudio antes de mojar la pluma en el tintero. No parece tan descabellado: Stephen King fue profesor de lengua antes de escribir su primer libro, Conan Doyle ejercía de médico, John Grisham era abogado, John Le Carré espía, George Orwell mendigo, Hemingway aventurero, Leo Baela contable en una fábrica

de zapatos. ¡Si hasta Chuck Palahniuk trabajaba en una empresa que fabricaba contenedores!

La historia de la literatura estaba llena de escritores que cambiaron su destino gracias a un libro, y los jóvenes aspirantes lo sabían y se esforzaban para que esa historia se hiciera realidad en ellos. Siempre poniendo lo mejor de sí en cada párrafo, escribiendo posiblemente docenas de veces algunos de los capítulos que ahora leía David en la cómoda butaca de su despacho. Las esperanzas que depositaban los aspirantes en sus libros, ellos las depositaban en un pequeño cuarto junto al material de oficina.

Cada uno de los trabajadores de la editorial debía presentar un informe de lectura de algún libro al mes, por muy alto que fuera su puesto. Fue una idea de Khoan en persona. Decía que esos libros que les llegaban en paquetes acolchados y que ellos depositaban en el almacén sin respeto alguno eran los que les daban de comer. Eran la materia prima para su trabajo. Aunque tenían una sección de lectura, de profesionales capaces de descubrir en las primeras páginas si una novela valía la pena —David había sido uno de ellos antes de ascender a editor—, todos los trabajadores de Ediciones Khoan debían presentar puntualmente sus informes. Cualquiera era bueno para leer, cualquiera podía disfrutar de un buen libro.

Era la magia de la literatura. Si un libro entusiasmaba al comité de lectura pero no gustaba a los administrativos de la empresa, pedían una tercera opinión. Los libros de Ediciones Khoan se vendían a millones de personas, desde gente sencilla que iba al trabajo en metro y se sumaba a un motín contra las empresas de transportes, hasta altos ejecutivos que gustaban de leerlos en taxis de camino a la oficina, sin pensar en embotellamientos y escapando del estrés matutino.

La mayoría no eran buenos. Una buena parte eran malos. Algunos terribles. Pero si uno de ellos, uno sólo entre miles, era publicable, todos los demás valían la pena. Porque siempre, en algún

lugar del mundo, encerrado en un mugriento y pequeño cuarto, delante de un ordenador, una máquina de escribir o un simple cuaderno, habría un autor escribiendo un gran libro. Y Ediciones Khoan buscaba a ese escritor. Buscaba a esa persona con una gran historia entre las manos en busca de editor. Esperaba ansiosa que la mandara, pero no podía saber si ya lo había hecho si no se leían todos y cada uno de los manuscritos que les llegaban.

David sabía que mientras él leía, habría docenas de escritores golpeando sus ordenadores, exprimiendo sus mentes, sacando su flujo vital por las yemas de los dedos. Y quizá alguno de ellos era un nuevo Thomas Maud. Es por eso por lo que cuando comenzó a trabajar en la empresa hacía seis años, cada vez que abría un libro para leerlo y redactar un informe, albergaba la esperanza de que fuera un gran libro. Pero tras seis años de leer novelas sólo había encontrado siete que le parecieran publicables. De esas siete publicaron cuatro, entre ellas la primera de Leo Baela, *Dios de otoño*. De esas cuatro, dos se vendieron muy bien, y las otras normalmente. Pero tantos informes escritos de tantas malas novelas hicieron que ahora las abriera con indiferencia, como alguien que lee el mismo libro una y otra vez, con distintos personajes que se comportan de igual manera.

La primera vez que abrió un proyecto de novela tenía veintinueve años y creía firmemente que el próximo *La hélice* lo encontraría él. Y soñaba con cerrar la puerta de su despacho y leer con tranquilidad, sabiendo que en ese momento, en ese lugar, él estaba leyendo un libro que aún no había leído nadie pero que estaba destinado a llenar las horas de millones de personas. Pero hasta ahora ese momento no había llegado, y había sido suplantado por malas novelas, malos personajes y malos narradores.

—¿Sí?

David había contestado a Roberto, su secretario, con la monotonía de quien está acostumbrado a dar y recibir órdenes sin demora. No era su ayudante particular, sino que estaba a cargo de

varios editores y tenía tareas propias que atender cuando éstos estaban de viaje, ya fuera organizando campañas en otros países o ejerciendo de vigilantes de escritores.

—El señor Khoan quiere verte, David.

—Voy en un minuto.

No quería parecer un perro faldero que sale corriendo a la llamada de su amo. Se obligó a esperar un par de minutos antes de atravesar la puerta. Cerró la novela que estaba leyendo y vio el título y el nombre del autor en la portada, impresos en un recargado tipo de letra. *Tiempos dorados*, de Soto Pico. No le gustaba ese título, demasiado manido. De todas formas, daba igual. La novela no era muy buena. Buscaba mucho más un estilo enrevesado y personal que contar algo. Hasta que ella muere y sus manos se manchan de sangre, llevaba más de seis páginas filosofando sobre cómo era su cuerpo cuando la conoció. ¡Seis páginas! Se pueden contar vidas en seis páginas, incluso en mucho menos. No hay más que ver las esquelas. Y la de este autor sería algo como: «Nació, se educó, escribió, aburrió a sus semejantes con absurdas descripciones y finalmente murió. Recen una oración por el alma de su novela».

Por suerte para Soto, la opinión de David no era definitiva. Había muchas otras personas que podían encontrar algo original en esa historia que David hubiera pasado por alto. Pero su rúbrica al final del informe se tendría en cuenta.

ENTRÓ EN EL VESTÍBULO del despacho de Khoan con la corbata perfectamente anudada con un doble nudo Windsor para que no se creara ese antiestético hueco que David tanto detestaba. Cerca de la puerta, en una mesa cubierta de papeles, se encontraba Elsa Carrero, secretaria, una mujer entrada en la cuarentena que se maquillaba demasiado y cuyo pelo parecía inamovible bajo una gruesa capa de laca. Aun así, su rostro no había perdido comple-

tamente los restos del atractivo que debió de gozar en una juventud no tan lejana. Si uno se fijaba bien, podía ver una nariz pequeña y respingona y unos hermosos ojos marrones bajo unas pestañas con grumos de rímel.

La conocía únicamente de vista. Elsa llevaba allí tres semanas, cubriendo el puesto de la antigua secretaria de Khoan tras su jubilación.

La saludó con un leve movimiento de cabeza.

—El señor Khoan le atenderá en un par de minutos, señor Peralta.

—Gracias —respondió David.

Comenzó a dar paseos por el recibidor mientras pensaba en las razones de Khoan para haberle llamado. Desde su ingreso en la editorial no habrían tenido más de media docena de conversaciones, unas cuatro que incluyeran algo más que frases de protocolo: ¿Qué tal está?, ¿y su mujer?, mucho trabajo, ¿verdad? David se preguntaba por qué le habría llamado. ¿Podía deberse al retraso en la nueva novela de Leo? Le parecía poco probable. Si bien es cierto que iban algo justos de tiempo, no era preocupante, por lo menos con la información de que disponían. Durante un momento fantaseó con la idea de que le hubiera llamado para un ascenso. Eso lo arreglaría todo: sus problemas con Silvia, sus trabas económicas si finalmente tenían un niño y la satisfacción personal de saber que el trabajo de uno era apreciado. ¿Podría ser? Era posible. David lo creía y sonreía por dentro pensándolo. Se tocaba el nudo de la corbata de forma inconsciente, presa del nerviosismo, como en la facultad de filología mientras él y sus compañeros esperaban a que colgaran la lista de notas del tablón del pasillo, cuando la posibilidad de un aprobado era mucho más agradable que la certeza de un suspenso.

En su nervioso deambular se cruzó varias veces con un par de láminas con la impresión de los primeros párrafos de *La hélice*, la conocida saga de Thomas Maud, el más famoso escritor de Edi-

ciones Khoan. Pasó sus ojos por las primeras frases con la familiaridad de un texto varias veces releído.

«Cuando las almas volvieron a recoger lo que habían sembrado, sólo encontraron el vacío...»

—¿Cómo?

David volvió la vista hacia atrás. Era Elsa quien había hablado. Supuso que había leído en voz alta, llamando la atención de la secretaria.

—Perdone, estaba leyendo en voz alta.

—*La hélice*, ¿no?

—Sí —respondió el editor.

—No se crea que es usted el único. Por lo que he visto, le pasa a más de uno mientras espera.

—Es una gran novela.

—No sé —dijo Elsa—. La primera frase me parece algo rebuscada.

—¿Sí? Es una introducción fantástica.

—Supongo, pero a mí no me va mucho. Sin meterme nada con la novela, por descontado.

David la miró suspicaz antes de seguir hablando.

—¿La ha leído? —inquirió.

—No —repuso Elsa, sin el más mínimo atisbo de vergüenza.

A David le costaba creerlo. Más de cien millones de personas en todo el mundo habían disfrutado de la saga *La hélice*, pero no Elsa, la nueva secretaria del editor del propio Thomas Maud. Ya no sólo le llamaba la atención como editor, sino como lector. Era extraño que a alguien a quien le interesara lo más mínimo la literatura no la hubiera leído. *La hélice* era *El señor de los anillos* del nuevo siglo XXI; Thomas Maud a la literatura de ciencia-ficción lo que Agatha Christie a las novelas de detectives; incluso más, pues a Thomas Maud le leía gente que jamás había sido aficionada a la ciencia-ficción. David había conocido personas que se habían enganchado a la saga sin ser ni siquiera aficionados a la

lectura. Si hay libros que han marcado la literatura de todos los tiempos: la *Odisea* de Homero, la *Divina Comedia* de Dante, el *Quijote* de Cervantes, el *Ulises* de Joyce o *1984* de Orwell, a David no le cabía duda de que con el paso de los años se incluiría en ese selecto grupo a Thomas Maud y su saga. Ya había grupos en internet que exigían la proclamación de *La hélice* como obra maestra, y a David no le cabía duda de que eso llegaría con el tiempo. Como le dijo a Leo en Isla Dominica, no había mucha gente capaz de escribir obras maestras. Thomas Maud era uno de ellos.

—Me cuesta creerlo —le dijo David a la secretaria.

—No, si mucha gente me la ha recomendado, pero desde mi llegada no he tenido mucho tiempo. El señor Khoan es alguien muy ocupado, y me da tanto trabajo que cuando llego a casa no me quedan muchas ganas de leer.

—Le entiendo. Me gustaría estar en su situación.

—¿Quiere tener mucho trabajo?

—No me refiero a eso. Ya tengo mucho trabajo. Me refiero a que me gustaría no haberla leído...

—¿No decía que era buena? —le cortó Elsa.

—No me ha dejado terminar. Me gustaría no haberla leído porque así podría disfrutarla desde cero otra vez.

—¿Tanto le gustó?

—Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Experiencias literarias, se entiende. Y que conste que no soy el único que lo dice. ¿Sabe cuántos ejemplares se han vendido de la saga?

—Sí, algo más de cien millones.

—En efecto. Pero ¿sabe de cuánto fue la primera tirada?

—No, eso no.

—De sólo cinco mil. Cinco mil —repitió David, marcando las sílabas para recalcar su importancia—. Empezó a venderse poco a poco. Todos los que la leían se la recomendaban a sus conocidos. Éstos la leyeron, les encantó y volvieron a recomendarla. Y así hasta las incontables ediciones que se han impreso. Ha sido

traducida a más de setenta idiomas. Y todo empezó por el boca a boca.

—¿Trabajaba usted aquí entonces? —le preguntó la secretaria.

—Creo que en ese momento nadie trabajaba aquí, a excepción de Khoan y algún socio más.

—Entonces ¿cómo lo sabe?

—Hay cientos de leyendas sobre *La hélice*. Yo me enteré de alguna más cuando empecé a trabajar aquí.

—¿Sí? ¿Cuál?

El rostro de Elsa empezaba a animarse ante la conversación con David, como si éste hubiera venido a entretenerla en vez de a tener una reunión con su jefe. David se sentó en la silla de delante de su mesa y se acercó a ella, bajando la voz.

—¿Sabe por qué Khoan insiste tanto en que todos leamos las nuevas novelas que nos envían?

—No. Creo que es porque los del departamento de lectura están saturados.

—Es porque *La hélice* le llegó por correo. Al parecer en ese momento la editorial estaba al borde de la quiebra. Era el propio Khoan quien leía todas las novelas que llegaban. Se dice que leyó *La hélice* y se apresuró a comprarla antes que nadie para poderla publicar. ¿Sabe que tuvo que hipotecar la casa de su hermano para la primera edición?

—Ni idea. Pero eso es muy arriesgado. ¿Cómo se le ocurrió?

—Si usted la hubiera leído lo entendería. Esa saga es una fábrica de hacer dinero. Pero eso no es lo mejor.

—¿Qué es? —Elsa se había acercado a David y los dos hablaban a un palmo de distancia.

—Usted sabrá, espero, lo de Thomas Maud.

—¿El qué? —inquirió Elsa.

—Que, excepto Khoan, nadie le conoce.

—Algo he oído, que no concede entrevistas ni nada.

—No es sólo que no conceda entrevistas —le corrigió Da-

vid—. Es que nadie sabe quién es. Ni de dónde. Sólo Khoan. ¿O usted ha visto a Thomas Maud por aquí?

—¿Sólo Khoan? ¿Y eso por qué?

—No lo sé. Los escritores son muy raros. Si yo le contara... Al parecer, Thomas Maud quería preservar su intimidad. Y debió de llegar a algún trato con Khoan para que éste no diese a conocer su identidad. Eso es lo más probable, porque se ha dicho de todo. Desde que le hizo un contrato para que nadie supiera quién era y así crear un aire de misterio, hasta que le mandaron la saga completa y luego el autor murió.

—Pero eso es muy raro, ¿no?

—Bueno, no tanto. Ha habido casos de autores que se retiraron de la vida pública. Desde J. D. Salinger, el autor de *El guardián entre el centeno*, hasta Hemingway en sus últimos años.

—¿Para qué iba nadie a hacer eso?

—Para que la gente no les atosigue. Por ejemplo, a Tolkien le llamaban desde todas partes del mundo a cualquier hora del día o de la noche para decirle que les había encantado *El señor de los anillos*. Incluso había muchos que se colaban en su cuarto de la Universidad de Oxford para llevarse algún recuerdo. Aunque a mí me da la impresión de que no es por eso. Creo que si fuera muy famoso no podría observar a la gente sin que le reconocieran.

—¿Para qué querría observar a la gente?

David se daba cuenta de que Elsa no hacía más que preguntas superficiales. En ese momento le pareció una mujer algo simple. Parecía carecer de esa cualidad tan común en el género humano en general y en las mujeres en particular: la curiosidad. Como nueva secretaria de Khoan, era la persona mejor situada para desvelar las sombras que ocultaban la identidad de Thomas Maud. Quizá era eso lo que Khoan buscaba al contratarla, se le ocurrió a David. A lo mejor quería exactamente eso, alguien que no indagara lo más mínimo porque le diese igual.

—Los escritores son gente que se fija mucho en otras per-

sonas, para basar personajes en determinados aspectos. Y, si es famoso, la gente no se comportará con él normalmente. Las masas se comportan como borregos cuando ven a alguien conocido.

—Sí, bueno, hay muchos tarugos. ¿Pero sabe seguro si es por eso?

—No lo sé. Es mi teoría. Tan buena o tan mala como la de cualquiera, supongo.

—Vaya. Es una buena historia. No me extraña que se levante interés por el autor.

—Desde luego. También hay que tener en cuenta que los cinco libros de la saga son excepcionales.

—Pero ¿no la ha acabado aún?

—Es una saga y va por cinco libros, pero creo que la única persona que sabe seguro cuándo acabará es Khoan.

—Vaya. Ahora creo que la leeré.

—Hágalo —le recomendó David—. Al menos como agradecimiento.

—¿Por qué como agradecimiento? —le preguntó Elsa.

—Por el trabajo. Si no llega a ser por ese libro, Khoan posiblemente habría quebrado, y ni usted ni yo estaríamos trabajando hoy aquí.

—Vaya. Lo que puede cambiar las cosas un simple libro.

—No es un simple libro. Al igual que la nota de Lutero no era una simple nota. Ese libro ha guiado a millones de personas, y si lo lee, es posible que también la guíe a usted.

—Me parece que exagera un poco, señor Peralta.

—Ni un ápice. ¿Nunca le ha pasado que ha leído un libro y le parecía que hablaba con usted?

—Nunca —confesó Elsa.

—A mí tampoco —le dijo David—, hasta que leí *La hélice*. Por eso le decía que me gustaría estar en su situación.

La secretaria soltó una risotada por lo bajo.

—Debería trabajar en publicidad, señor Peralta. Lo vende muy bien.

La puerta del despacho se abrió y medio cuerpo de Khoan asomó por el quicio. David y Elsa se separaron al instante, como dos alumnos a los que hubiera llamado la atención el profesor en un examen. Khoan no pareció darse cuenta.

—David, puede pasar. Siento la espera.

—Sí, señor Khoan.

David se levantó de la mesa y antes de entrar cogió un libro de un armario semiabierto en uno de los laterales del vestíbulo. Se lo tendió a Elsa. Los dos sabían de cuál se trataba.

—Tenga —le dijo David antes de entrar al despacho—. Y disfrútelo.

—Gracias —respondió Elsa con la novela en las manos.

Pero el señor Peralta ya había desaparecido.

EL DESPACHO DE KHOAN debía de tener, según calculó David, algo más de sesenta metros cuadrados. Por el suelo, en pequeñas columnas contra las paredes, se apilaban libros y manuscritos de todo tipo, ya publicados o en trámites de publicación. Sobre la mesa había montones de papeles desperdigados sin orden ni concierto. El cable del teléfono asomaba por debajo con cautela, lo mismo que un ratón que no se atreve a salir de la madriguera. Sin embargo, lo que más impresión causó a David no fue el desorden del despacho, ni el rostro prematuramente envejecido del presidente, al que David recordaba en general bastante lozano, sino la presencia de un hombre cargado a la espalda con un enorme aparato electrónico cuyo uso no supo distinguir y una pala con la que parecía buscar minas. Se movía por las paredes con cuidado, tanteando en busca de algo. Khoan, que se había levantado de su mesa para saludar a David, le indicó con un movimiento de mano que esperara un instante a que la labor del desconocido concluyera.

—Señor Khoan, está limpio. No tiene nada de que preocuparse. Le he instalado un *scrambler* para interferir escuchas —dijo cuando hubo acabado.

—Estupendo. Muchas gracias. Mi secretaria le mandará un cheque.

Cuando salió, Khoan cerró la puerta y se sentó a la mesa. Tardó una eternidad en dar los pasos hasta allí, meditabundo como estaba. David, aunque trataba de mantener cara de póquer, se moría de impaciencia por saber lo que estaba pasando y qué clase de preparativos eran tan necesarios antes de su reunión. Al fin Khoan pareció lanzarse, mientras ordenaba en una pequeña columna los papeles de su mesa.

—David... ¿Puedo tutearte?

—Por supuesto.

—Bien. David, ésta va a ser una reunión algo atípica. Quiero contarte un par de cosas y necesito que antes de eso acates unas reglas.

—Expóngalas con tranquilidad.

Khoan no había especificado si David podía tutearle a su vez.

—No son reglas exactamente, es recordarte un par de aspectos del contrato que firmaste cuando entraste en la empresa. ¿Recuerdas que una de las cláusulas era la confidencialidad?

—En efecto. No lo he olvidado desde que trabajo aquí.

Khoan sonrió ligeramente, pero sólo un instante, antes de proseguir.

—Esa cláusula establece que nada de lo que ocurra en esta empresa puede salir al exterior a través de ti. No puedes contarle nada a nadie de lo que ocurre entre estas paredes, ni siquiera a tu esposa o a los escritores con los que trabajas.

David asintió.

—Pues bien —continuó el presidente—, jamás esa cláusula ha sido tan importante para ti y para mí como en este instante. Es posible que al entrar te hayas preguntado quién era ese hombre.

—No es de mi incumbencia —respondió David.

—¡Déjate de chorradas! ¡No vengo aquí a oír frases de protocolo! ¿Te lo has preguntado o no?

—Sí, me lo he preguntado.

David nunca había visto a Khoan alterarse. En la oficina tenía fama de imperturbable. Se decía que si tuviera un accidente aéreo, mientras el avión cayera, continuaría su crucigrama. Con bolígrafo, por supuesto.

—Pues bien —continuó—. Ese hombre estaba haciendo un barrido electrónico en busca de micrófonos. Espero que con eso te quede clara la importancia de que todo lo que te cuente, pase lo que pase, pienses lo que pienses y decidas lo que decidas, se quede aquí.

—No se preocupe. Soy una tumba.

—Eso es lo que quería oír. Verás, David, cuando volvías en el avión recibimos una llamada de Leo Baela.

David se puso nervioso. ¿Sería posible que Leo hubiese renunciado a seguir escribiendo? ¿Qué había pasado con la recién adquirida confianza entre los dos? De pronto todas sus esperanzas de ascenso cayeron al vacío y David pensó que tendría suerte si conservaba su empleo. «Cálmate», se dijo, «puede ser otra cosa. Por favor, que sea otra cosa.»

—Nos contó que tuvo una pequeña crisis y que se puso en una situación comprometida de la que tú le sacaste. Enfatizó especialmente tu capacidad de decisión y valentía. Dijo que le rescataste de un bar de mala muerte cuando las cosas se pusieron feas. ¿Es cierto?

David se imaginó sin problemas a Leo exagerando la situación para volcarla a su favor, añadiendo detalles escabrosos con los que el tímido David, que pagó cincuenta dólares al dueño de un bar para poder ver a su representado, se trocaba en un aguerrido detective que lo sacaba de allí contra los embates del dueño. Después de todo, Leo era un escritor y, como a todos ellos, le costaba contar una historia sin añadir detalles de su cosecha.

—Bueno —admitió—, es cierto que tuvimos algún pequeño percance.

—Me gusta tener gente capaz de tomar la iniciativa cuando surgen problemas. Gente práctica. Aborrezco a los ratones de biblioteca que no salen a la calle por temor a lo que puedan encontrar. A cada problema, una solución. Hay que tener capacidad de decisión. Uno se siente más seguro con alguien así a su lado. Y estoy convencido de que los escritores piensan lo mismo, ¿entiendes? Tenemos que ser seguros y tener respuestas para todo. Los escritores son muy inseguros y, si ven que flaqueamos, pueden hundirse. Se sienten mejor con alguien cerca que les pueda solucionar los problemas que vayan surgiendo.

—Todo el mundo quiere que las cosas le salgan bien y cualquier ayuda es poca.

—Exacto —exclamó Khoan—. Pues ahora de lo que quiero hablarte, para lo que te he llamado aquí... te recuerdo de nuevo tu cláusula de confidencialidad.

—Soy consciente de ella, señor Khoan, no tiene de qué preocuparse.

—Me alegra oír eso.

Khoan hizo una pausa que a David se le antojó eterna. Sus perspectivas de futuro habían mejorado drásticamente en los últimos segundos, sobre todo desde que pensó que le iban a despedir.

—David, te he traído aquí para hablarte de Thomas Maud.

A David le costaba entender este cambio de rumbo en la conversación. ¿Qué tenía que ver ahora Thomas Maud? Sólo deseaba que le dijera que le iba a ascender, que ganaría más dinero y trabajaría menos. Que podría tener un hijo con Silvia sin más complicaciones.

—Como sabrás —continuó el presidente—, Thomas Maud es un escritor algo huraño, y prefiere que el público en general desconozca su identidad. No voy a decirte que la publicación de su saga no ha hecho de esta editorial lo que es hoy en día, porque

mentiría. Es cierto que ahora tenemos muchos escritores de renombre y de indiscutible calidad, pero la estrella de este circo, la atracción por la que la gente compra la entrada, es Thomas Maud.

—Lo sé —dijo David.

—Sé que hay muchas leyendas corriendo por ahí sobre Thomas y esta editorial. Algunas inventadas por el público y otras por alguna editorial envidiosa. Déjame que te ponga en antecedentes. Así será todo mucho más sencillo.

Hizo sentarse a David delante de su mesa y él se repantigó en un inmenso sillón de cuero negro, que crujía al ritmo de sus nudillos mientras se preparaba para hablar.

—Verás, lo que ahora llamamos Ediciones Khoan nació hace unos diecisiete años de la aportación de capital de tres socios. Con algo de dinero propio y el que conseguimos a través de créditos e hipotecas montamos esta editorial, que en un principio se llamaba Nautilus. Sí, ya sé que es un nombre espantoso, no me interrumpas, David.

A David no se le había ocurrido decir esta boca es mía.

—En tres años publicamos unos cuantos libros, de los que no obtuvimos apenas beneficio. Éramos una editorial pequeña y los nuevos escritores preferían editoriales más consagradas. Fueron tres años de distribuir el dinero con cuentagotas, de hambre y penurias. Los autores a los que fichábamos no tenían adelantos, sino que les dábamos un cierto porcentaje de las ventas en compensación. Sí, eran un poco ingenuos. Pero no te creas, nosotros también lo éramos. Realmente creímos que íbamos a vender muchos libros, porque no eran malos. Pero en sólo unos meses nos dimos cuenta de la cruda realidad; y es que si no promocionas tú mismo los libros o ganan algún premio de renombre, es difícil que se den a conocer.

»Fueron años de aprender por las bravas. Y aprendimos mucho, pero conservamos muchas cicatrices. Con el paso del tiempo estos autores fueron cayendo en el olvido o fueron fichados por

otras editoriales que sí podían pagarles lo que se merecían. No les culpo, entiéndeme. Fue una época dura para todos, incluidos los autores. En definitiva, después de tres primaveras de fracasos mis dos socios se fueron y yo les compré su participación a bajo precio, porque en ese momento no valía más. No es que yo fuera buen negociador, al menos en esos días.

»Yo aún conservaba algo de ilusión y pensaba para mí que el siguiente libro que publicáramos iba a ser un gran éxito. Trabajé con un nuevo autor en su novela durante más de tres meses, en mi casa. La oficina que teníamos llegó un momento en que hubo que alquilarla para seguir comiendo. Tampoco era necesaria; después de todo, sólo quedaba yo trabajando. Las dos secretarías que teníamos se fueron a otras empresas. Cuando me lo dijeron yo casi me alegré, no te miento. Pensé para mí: dos sueldos menos. Bueno, como te decía, trabajamos durante tres meses y cuando acabamos teníamos entre manos una novela muy buena, ya lo creo.

—¿Y fue un éxito? —preguntó David. Khoan se había quedado callado un momento mirando a la pared, evocando para sí esos meses de trabajo con el autor.

—Desde luego —respondió Khoan—. Es posible que te sueñe. La novela en cuestión se llamaba *El tiempo de los jazmines*, de José Manuel Elis.

David se quedó algo traspuesto. Había llegado a pensar que el autor era Thomas Maud, y la novela en cuestión, *La hélice*. Además, él había leído *El tiempo de los jazmines* hacía más de ocho años. Un gran libro, desde luego.

—No sabía que la hubiera publicado usted. Es un libro muy hermoso.

—Pues sí —contestó Khoan. Sonreía como un niño travieso—. Fue un gran éxito. Pero no mío. Yo lo publiqué tres años antes de que se hiciera famoso. No teníamos dinero para publicarlo, así que confiamos en el boca a boca y en las buenas críticas de los periódicos. Y las tuvo muy buenas, pero no así las ventas. Vendimos

menos de dos mil ejemplares y tras año y medio el autor recuperó los derechos de la obra.

Se dejó caer en el sillón mientras mantenía su sonrisa. Durante unos momentos no le pareció a David el mismo con el que comenzara la reunión quince minutos antes. Su rostro se había relajado y sus arrugas, antes profundas igual que simas, se habían convertido en pequeñas roderas. Evocaba recuerdos con la nostalgia y el cariño de los que viven tiempos mejores.

—José Manuel Elis. Un gran autor, sí señor. Todavía nos llamamos de vez en cuando y quedamos a comer. Después de recuperar sus derechos, la editorial Stone se interesó por la novela y la publicaron con una gran promoción. Y, naturalmente, se vendió como rosquillas.

»Cuando pasó eso —continuó Khoan— yo ya me había hecho a la idea de que mi sueño de publicar libros se había ido al traste. Hay que ser sincero, fue un fracaso de parte a parte. Perdí en la empresa cerca de veinte millones más el capital riesgo que me dieron. Estaba muy deprimido, había invertido tiempo, dinero y sobre todo ilusiones. Y eso no abunda, créeme.

»Ahora hay muchas editoriales que publican libros de grandes autores aunque sean malos, parece que el dinero cuenta más que nunca. Todo son cifras: cuánto has vendido, en cuánto tiempo, en cuántos países, qué premios has ganado... Se ha perdido algo del espíritu que nosotros teníamos cuando creamos Ediciones Nautilus. Pero el mercado es competencia, y si no vendes, te hundes. Quizá nuestro nombre mismo era una premonición y yo un capitán Nemo dispuesto a ir contra el mundo sin pensar que el mundo iría contra mí. Y me hundí. Hasta el fondo.

»Un viernes por la mañana estaba yo en casa buscando trabajo en el periódico, con una camisa sucia y un café amargo, cuando a mi puerta llamó un mensajero. Venía con un sobre enorme que debía de pesar cerca de kilo y medio. El sobre había llegado al piso donde teníamos la editorial y los actuales inquilinos me lo

habían remitido por mensajero a portes debidos. Y te juro que en ese momento estuve a punto de no recogerlo. Faltó poco, muy poco. Por suerte, cogí la cartera y saqué los billetes que me quedaban. Puse el sobre encima de la mesa y lo rasgué. Encontré esto.

Khoan abrió una caja fuerte situada detrás del escritorio y sacó un legajo de papeles ya amarillentos en una bolsa de plástico transparente. A través de la superficie David pudo leer el título e, inconscientemente, pasó los dedos sobre las letras, como sobre la inscripción de la lápida de un ser querido.

—Era una novela, de algo más de seiscientas páginas. Se llamaba *La hélice* y estaba firmada por un tal Thomas Maud. La dejé encima de la mesa y seguí buscando trabajo. Esa noche, la noche del viernes, no tenía nada que hacer y no me apetecía llamar a nadie. Prefería revolcarme en mi desgracia yo solo sin tener que compartirla. Y me puse a leer la novela. Lo hice por hacer algo, realmente no pensé que fuera a ser buena. Me dije: me ha costado algún dinero recibirla, por lo menos voy a leerme el primer capítulo y, si no es bueno, siempre tendré tiempo de abandonarla. Y lo leí. Y el segundo. Y el tercero, cuarto y quinto. Esa noche me leí algo más de cuatrocientas páginas. Cuando se hizo de día, continué leyendo hasta terminarla.

»No necesito explicarte lo que sentí, David. Experimenté las mismas sensaciones que todos los que la han leído, pero amplificadas. Amplificadas porque la novela me la habían mandado a mí. Yo era editor. Un editor arruinado, pero editor al fin y al cabo. Y esa novela era mejor que dinero en las manos, era la posibilidad de publicar un gran libro. Y sabía que si la publicaba triunfaría. No podía imaginar a nadie que la leyera y no sintiera, al menos, una pequeña parte de las sensaciones que experimenté yo.

»Tuve que pedir otro crédito para publicarla. Mi hermano puso su casa como aval, pues la mía ya tenía dos hipotecas. ¿Sabes cómo le convencí? Fue fácil: le dejé la novela para que la leyera. Y se arriesgó conmigo. Ahora vive en un chalet inmenso y hace

barbacoas los sábados por la noche. Hicimos una primera tirada de cinco mil ejemplares. Yo me deslomé hablando con todos mis contactos y dejándoles ejemplares del libro. Creo que no hubo una sola persona en mi agenda a la que no llamara. Desde periódicos y revistas hasta críticos y otros editores. Llegó un momento en que no tuve que llamar más para dejarles libros. Gente que no conocía, de periódicos de edición nacional, de programas de radio, de gacetas de pueblos, me llamaban para que se lo enviara. La voz se corrió de tal modo que cuando se me acabaron los que tenía en casa —y no pasó mucho tiempo—, les dije a todos los que seguían llamando: “Esto no es una biblioteca, cómprenlo”. Y lo hicieron. Y junto con los críticos, el público.

»Tardamos menos de dos meses en tener que sacar una segunda edición. La primera vez que Ediciones Nautilus, ya Ediciones Khoan, hacía una segunda edición. Fuimos imprimiendo más y más libros y vendimos más de dos millones de ejemplares dentro de nuestras fronteras. Luego lo publicamos en el extranjero y también el público reaccionó. Con el dinero que gané intenté pagarle a mi hermano, pero él no quiso. Juntos creamos Ediciones Khoan. Sí, le hice socio. Después de todo, se había jugado el culo conmigo. No tuve ni que cambiar el nombre. Pudimos comprar un piso más grande que el anterior, y un par de años después el edificio en que nos encontramos ahora.

»Mientras, fuimos reclutando personal: secretarias, editores, un comité de lectura, agentes literarios, abogados... Todo lo que una editorial necesita para fichar a nuevos escritores y ayudarles a sacar sus libros adelante. A partir de la publicación del primer volumen de la saga pudimos promocionar a los nuevos talentos con campañas de publicidad. Y no sólo eso, las otras editoriales y los críticos ya nos veían de forma diferente. Nos asentábamos en el mercado y éramos una editorial importante en el ámbito literario de este país.

»Dos años después de la primera publicación llegó el segundo

volumen. Y con él continuó el éxito. La gente estaba ávida de las historias de Thomas, no se veía algo así desde que Gladstone se ausentó de una reunión del parlamento británico para ir a leer el nuevo capítulo de *La dama de blanco*, de Wilkie Collins. Tuvo mucho *merchandising*, desde camisetas y bolígrafos hasta una futura película. De todo eso nos llevábamos una gran parte, y Thomas Maud ni contarte. Es hoy en día uno de los escritores más ricos del planeta. Pasamos de la base a la cima de la montaña con un solo autor.

»Y, sobre todo, habíamos publicado un libro que combinaba un enorme éxito de ventas con una calidad literaria digna de los grandes libros de todos los tiempos. No vendía tanto una saga desde *Los tres mosqueteros* o *El señor de los anillos*. He hecho cifras. Dos años después publicamos el segundo, y así el tercero, cuarto y quinto. Y la gente quiere más.

—Disculpe, pero ¿qué quiere darme a entender con esto? —musitó David, que no sabía bien a qué venía todo aquello, que, si bien le era sumamente interesante, nada tenía que ver con él.

—No te impacientes, David. Trato de ponerte en antecedentes. Cuando termine entenderás por qué lo he hecho. Debes tener en cuenta que lo que te estoy contando lo sabe muy poca gente, y lo que te voy a contar a continuación sólo un par de personas en el mundo. Consideráte afortunado.

—De acuerdo —contestó David, decidido a armarse de paciencia y aguantarse los nervios hasta cuando hiciera falta.

—Bien, pues, como te comentaba, hemos ido sacando un libro cada dos años, puntuales como un reloj. Cinco volúmenes, pero la saga no está acabada. Hace cuatro años que no publicamos una continuación y todo el mundo está pendiente de ella. Mucha gente —productoras cinematográficas, periódicos, revistas literarias, emisoras de radio y, lo que es más importante, los lectores— está impaciente por la publicación del sexto volumen tras cuatro años de espera. Sometido a estas presiones, he anunciado su publica-

ción para dentro de seis meses. Y es aquí donde tú entras en la historia. El libro no está listo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que le faltan retoques? ¿Una segunda versión? —inquirió David, cuya curiosidad se desbordaba ante el cúmulo de noticias que le estaba contando su jefe.

—No es exactamente eso, David.

—¿Entonces? ¿No está motivado Thomas Maud y quiere que vaya a hablar con él?

—Maldita sea, David. Lo que te quiero decir es que no tengo el libro. No lo tengo. Dispongo de seis meses para publicar un libro que no sé ni de qué trata. Y en esos seis meses hay que reservar tiempo para publicidad y campañas de marketing. ¿Entiendes la tensión que supone? ¿Sabes lo que nos puede pasar si no tenemos el libro a tiempo? Habría que indemnizar a todo aquel que hubiera hecho cualquier plan basándose en la fecha de publicación que le di. Millones en pérdidas.

Su rostro, momentáneamente relajado durante el relato, había vuelto a su estado normal, con evidentes ojeras, arrugas de cansancio y pelo revuelto sobre la frente. Había desaparecido la nostalgia con la que recordaba los años en que empezó a publicar. David no entendía demasiado adónde quería llegar Khoan, pero sí que estaba en una situación comprometida y parecía necesitar su ayuda.

—Bueno —dijo David—, dígame en qué puedo ayudarle. Puedo ir a hablar con Thomas Maud y ver qué le pasa. No es la primera vez que me encuentro con un escritor deprimido que cree que su obra no es digna.

—No es tan fácil. De hecho, es mucho más complicado de lo que puedes imaginar. Voy a continuar exponiéndote nuestro problema. Ahora viene la parte más delicada.

»Como sabrás, Thomas Maud es un escritor un poco excéntrico. Mantiene su intimidad a salvo y no concede entrevistas ni firma autógrafos. Nada en absoluto. Es como el Bobby Fisher de la

literatura, un genio que prefiere no destacar. Pero incluso Fisher sale de la madriguera de cuando en cuando, pues todos tenemos un ego y queremos reclamar nuestro puesto. De los dos corren leyendas parecidas.

»Unos dicen que está en una gran ciudad, que va en metro a todos lados para ver cómo se comporta la gente; otros que está recluido y que no sale por algún tipo de fobia. Muchos han llegado a decir que no se junta con los demás escritores porque les cree inferiores a él. Otros muchos dicen recibir cartas suyas, pero éstas nunca salen a la luz. Algunas editoriales rivales han hecho correr el rumor de que tengo a algún negro escribiendo la novela y que le he hecho firmar un contrato para que no se dé a conocer. Como Buster Keaton, que tenía firmado no sonreír en público, ¿lo sabías? ¿No? Bueno, pues así era. Creen que le tengo encadenado a una mesa con un ordenador y que le obligo a escribir a mi santa voluntad.

»Te despejaré dudas: todo es falso. Si fuera verdad no estaría en este embrollo ahora mismo, y podría dormir por las noches. A mí, en un principio, esto me vino muy bien, pues todo el mundo se inventó su propia mentira sobre Thomas Maud y se la creyó a pies juntillas; nadie se molestó en investigar para descubrir la verdad, excepto un par de periodistas de pacotilla que no llegaron a ninguna parte. Lo que realmente ocurre con Thomas Maud es... ¿te he dicho lo de la cláusula de confidencialidad? Ah, sí, perdona. Es que llevo muchos años sin contar esto y ahora se me hace extraño, y sobre todo peligroso. Lo que vas a conocer ahora es algo que podría hundir a Ediciones Khoan.

»Sabes que con el tiempo he recogido multitud de premios en nombre de Thomas. —Señaló con un vago ademán hacia las estanterías, donde los premios se agolpaban en las baldas, algunos sin demasiada consideración—. Todo el mundo cree que soy su editor, como tú lo eres de Leo Baela, y que no dejo que nadie le conozca. Poco a poco se ha establecido la creencia de que soy la

única persona que sabe quién es. Pues bien: la verdadera razón de que Thomas Maud no se dé a conocer es que nadie le conoce, incluido yo mismo.

David no daba crédito a lo que oía. Las ideas golpeaban sin sentido en sus doloridas sienes. ¿Cómo que no se sabía quién era? ¿Cómo era eso posible? ¿Era una broma o qué? ¿Y para qué le había llamado entonces, o es que creía que tenía algún tipo de información que nadie conocía? Por un instante consideró posible que la llamada de Leo Baela hubiera despertado sospechas, que Khoan pudiera creer que ellos dos se conocían y que pensara que Leo había compartido esa información con él.

—¿Nadie? —David preguntó casi acusadoramente, como si fuese culpa de Khoan el desconocer su identidad. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando con su jefe y relajó su pose.

—Entiendo que te extrañe. Lo comprendo mejor que nadie, porque llevo doce años intentando hallarle una explicación lógica y todavía la estoy buscando. Pero ahora no quiero una explicación, sino una solución a mi problema. El día que recibí la novela por correo encontré algo más en el paquete. Encontré esto.

Khoan volvió a abrir la caja fuerte y enseñó a David una carta guardada en otra bolsa de celofán. La depositó encima de la mesa, junto al manuscrito. A David le recordaron las pruebas de un juicio. Miró atentamente la carta y descubrió que en el sobre sólo estaba escrito «Al editor», con una letra clara y de delicado trazo.

Khoan prosiguió:

—No puedes abrir la bolsa, lo siento. Por ahora no, al menos. Te haré un resumen de lo que contiene. Es una carta destinada al editor que la reciba, en este caso yo. En ella decía que por favor leyera la novela y en caso de publicación ingresara la parte correspondiente al autor en la cuenta indicada. También que no intentara dar con él. No había nada más. Sólo una firma a pie de página.

»A veces creo que si hubiera leído antes la carta que la novela

no hubiera continuado. Es algo prepotente dar el número de cuenta directamente, como estando seguro de que la van a publicar. Tiempo después reflexioné y no me lo pareció tanto. Ahora me da la impresión de que Thomas Maud sabía perfectamente lo que tenía entre manos y lo que hacía con ello. El que me pareció un imbécil en ese momento me parece ahora un genio, visto cómo se han desarrollado los acontecimientos. Quizá es cierto lo que solía decir Mark Twain, que un hombre con una idea es un loco hasta que la idea triunfa.

»Aun así, yo la publiqué. Sin saber quién era el autor, sin haber cruzado una palabra con él, publiqué la novela. Porque sabía que merecía la pena. Cuando empezó a dar beneficios ingresé su parte en la cuenta que me indicaron. No intenté ponerme en contacto con él, principalmente porque no sabía cómo. La cuenta era de un banco en Andorra de la que no podía obtener ningún dato y, naturalmente, la carta no traía remite ni dirección o teléfono de contacto. Incluso miré en el registro de la propiedad intelectual. No estaba registrada. Si hubiera tenido menos escrúpulos podía haberla hecho publicar bajo otro nombre y hacer que Thomas Maud no recibiera el dinero que le correspondía.

»Y el tiempo me dio la razón. Como sabes, la primera novela era parte de una saga. Cuando tuvo el éxito que ninguno de nosotros esperaba —yo lo soñé pero nunca creí que fuera a ser tan unánime—, la gente empezó a preguntar por la continuación. Y un día, dos años después, me llegó otro sobre similar al primero, excepto que el contenido esta vez era el segundo volumen. Me pedía lo mismo. La misma carta, los mismos ofrecimientos, la misma cuenta. Y yo la volví a publicar y seguí ingresándole el dinero. Cada dos años recibía un sobre en mi despacho, dirigido a mí. Y yo seguí publicando, para alegría de cada vez más lectores en todo el mundo.

»Estaba pletórico por lo que había conseguido, por el éxito de la novela y por haber mantenido la farsa de Thomas Maud duran-

te diez años. Las editoriales que se inventaron que no le daba a conocer para conferirle un aire de misterio me hicieron un favor, porque, aunque muy extraño, es absolutamente legal y no me comprometía. Pero cuando se acercaba la fecha de recibir el siguiente envío me costaba dormir. Sabía que mi relativo éxito estaba pendiente de un hilo al que cada día cargaba con más peso. Y que si algún día se rompía yo caería de forma inexorable.

»Y hace cuatro años, sucedió.

»Thomas Maud faltó a su cita y dejó de enviarme la continuación de la saga. Por la estructura parecen faltar dos, a no ser que saque algún apéndice. Y ahora me encuentro mano sobre mano sin saber qué hacer; no dependo de mí mismo, que es lo que más nervioso me ha tenido estos años, y no puedo ponerme en contacto con el autor para pedirle algún tipo de explicación. Es posible que haya dejado de escribir, o que no haya conseguido concluir el sexto volumen. Es posible que se haya enfadado por algo y que haya decidido no publicar más, y que sus novelas estén cogiendo polvo en un cajón. Es incluso posible que se haya muerto y no volvamos a saber nada de él. Con alguien así, cualquier cosa es concebible. Y ahora, David, es cuando me vas a ayudar.

—¿Cómo? —replicó el joven editor.

—Hace dos meses decidí que tenía que saber qué había pasado con Thomas Maud. No sólo por los problemas que pueda acaerarme sino por mi propia salud mental. Contraté a un detective especializado en estas situaciones para que me ayudara. Sin contarle nada de esto, por supuesto. Él averiguó que el paquete no fue enviado desde donde indica el matasellos, sino que fue recibido allí desde otro destino. Sí, aunque parezca increíble, hay servicios que se dedican a recibir cartas y a mandarlas donde les indican para ocultar su procedencia. Como en las películas. A través de pesquisas que no me quiero ni imaginar, consiguió averiguar el lugar de procedencia: Bredalejo, un pueblo en mitad de los Pirineos. No tiene más de seiscientos habitantes, y entre ellos no fi-

gura en el registro ningún Thomas Maud. Ni nadie cuyo apellido fuera Maud.

A David le costaba asimilar tanta información. Poco a poco empezaba a vislumbrar para qué le quería el presidente, y temía y deseaba al mismo tiempo que se lo propusiera. Khoan hizo una pausa y le observó, tratando de descubrir en su rostro si el joven editor había entendido todo lo que le había contado. Al terminar su examen, le espetó:

—David, quiero, necesito que vayas a ese pueblo y encuentres a Thomas Maud.

Era como estar en uno de los libros de espionaje que David había leído desde adolescente. Chacal, queremos que asesine al general De Gaulle. Comandante Vandam, debe encontrar y detener a Alex Wolff. John Preston, debe descubrir y apresar a todo aquel que trate de introducir material nuclear en nuestras fronteras. David Peralta, quiero que vaya a Bredalejo y que convenza a Thomas Maud para que siga publicando su novela.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó—. ¿No sería más adecuado su detective?

—Imposible. No sólo hay que encontrarle. Una vez que esté localizado debemos, es decir, debes, hablar con él y tratar de que nos siga enviando el resto de la saga. Para lograrlo, puedes prometerle cualquier cosa. Cualquiera. Si quiere más dinero, se lo daremos. Si quiere seguir en la clandestinidad, seguirá. Si necesita ayuda de cualquier tipo, deberás proporcionársela. Pero es absolutamente indispensable que nos mande el resto de las novelas. Debes ser cordial con él, demostrarle que estamos de su parte y que comprendemos su actitud, aunque sea mentira. Un detective no tiene tacto, es demasiado agresivo. Necesitamos a alguien con experiencia con escritores, que sepa entenderles y ayudarles cuando las cosas se pongan mal. Además, no estoy dispuesto a contarle a un detective lo que te estoy contando a ti.

—¿Por qué?

—Porque tú tienes firmado un contrato conmigo y sabes que si dices algo a alguien serás despedido y denunciado, pero el detective puede aceptar una oferta mejor.

—Entiendo —confesó David, que ahora relacionaba directamente la llamada de Leo Baela con su situación en ese momento. Al parecer Khoan quería a un hombre como el que Leo había descrito y no iba a ser David quien le contara la triste realidad.

—Si no quisiera entregarlas, puedes amenazarle. A alguien tan introvertido como él debe aterrarle que se descubra su identidad o su dirección. Seguro que le tiene pánico a los fans.

—¡No puede hacer eso! —gritó David.

—¿Quién ha dicho que vamos a hacerlo? Con que él crea que nos atrevemos es suficiente. ¿Cómo voy a denunciarle? Si cuenta la historia, menudo oprobio sería para la editorial. No, eso no puede ser.

—¿Y cómo le descubro? No puedo llegar allí, preguntar por Thomas Maud a cada habitante y esperar a que uno me conteste: «Sí, soy yo».

—Desde luego que no puedes, no digas sandeces. Lo que debes hacer es ir allí de incógnito, averiguar quién es y, cuando hayas cogido un poco de confianza, reunirte con él y exponerle la situación. Pero sin violencia.

—¿Sin violencia? —¿Se había creído Khoan que David era un matón a sueldo?

—Me refiero a que no sea una situación violenta para él. Ya sabes cómo son los escritores, si le amenazas puede salir corriendo y no volveremos a saber de él.

—Pero usted me ha dicho que podía amenazarle.

—Sí, lo sé. Pero sólo como último recurso. Cuando todo lo demás, ofrecimientos, ruegos y súplicas, haya fallado.

—Pero no sé quién es, ni qué aspecto tiene. Sabemos que es de un pueblo pequeño, pero no sabemos nada más sobre él.

—Ahí es donde te equivocas. Sí que sabemos algo de él. Tiene una peculiaridad muy rara.

—Cada vez que parece que ha terminado, sale con algún dato más, señor Khoan —le comentó David a su jefe.

—¿A que sí? Mi mujer dice que tengo alma de escritor, que me gusta mucho el drama. No es anormal; después de todo, dirijo una editorial. ¿Quieres acompañarme, David?

ANTICIPO NO VENAL DE LA EDICIÓN DEFINITIVA
PROHIBIDA SU VENTA AL PÚBLICO

LANZAMIENTO: OCTUBRE 2004

© Santiago Pajares Colomo, 2004

© De la presente edición:

TABLA RASA LIBROS Y EDICIONES, S. L., 2004
Santa Engracia, 36
28010 Madrid

Depósito Legal: M-00.0000-2004

Diseño de cubierta: Carlos Beitia
Imagen de cubierta: Cover/Corbis
Compuesto en Anglofort, S. A., Barcelona
Impreso en Safekat, Madrid
Impreso en España (*Printed in Spain*)

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

